

GONZÁLEZ, Horacio. *Historia de la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2010, 336 P.

## Historia de una biblioteca y de un país. Acerca de la *Historia de la Biblioteca Nacional*, de Horacio González

Abraham Leonardo Gak

Cuando el rector de la Universidad Nacional de General Sarmiento me invitó a escribir un comentario bibliográfico del libro escrito por Horacio González sobre la historia de la Biblioteca Nacional me pregunté qué habría hecho yo para merecer esto, porque hasta ahora he pergeñado algunos artículos sobre economía y educación que, como se ve, están sumamente alejados de la bibliotecología. Debido a las circunstancias originadas por mi prematura aceptación de la comanda, me sumergí en el libro, y al leer su prólogo descubrí un nuevo mundo, un mundo ignorado para mí: el de las bibliotecas, que en el modo en que nos lo presenta González aparecen menos como paradigmas de objetividad e inclusión que como la cubierta de una nave sólida que recibe los embates de las olas del tiempo y los vientos entrecruzados de las ideas.

Resulta que esta Biblioteca Nacional –nave insignia de las bibliotecas del país– tiene historia y cambiantes orientaciones; ha tenido largos pernoctes sin viento, también chirridos en sus motores que preanunciaban inquietantes retrocesos y por suerte largos períodos de viento a favor. Aquí, la audaz aventura de González es darles carne y vida a los que habitan y habitaron el aún hermoso edificio que la cobija.

El libro comienza con una notable investigación sobre a quién le corresponden los lauros de la creación de la –en aquel entonces– Biblioteca Pública. La autoría se disputa entre Mariano Moreno y el canónico Luis Joseph Chorroarín. González, creo que en forma definitiva, aboga por Mariano Moreno, y dentro de sus amplios

argumentos, incluye un texto realmente notable de éste, que tiene como título “Educación” y que me permito transcribir:

*Buenos Aires se haya amenazado de tan terrible suerte; y cuatro años de glorias han minado sordamente la ilustración y virtudes que las produjeron. La necesidad hizo destinar provisionalmente el Colegio de San Carlos para cuartel de tropas; los jóvenes empezaron a gustar una libertad tanto más peligrosa cuanto más agradable; y atraídos por el brillo de las armas que habían producido nuestras glorias, quisieron ser militares, antes de prepararse a ser hombres. Todos han visto con dolor destruirse aquellos establecimientos de que únicamente podía esperarse la educación de nuestros jóvenes, y los buenos patriotas lamentaban en secreto el abandono del gobierno, o más bien su política destructora, que miraba como un mal de peligrosas consecuencias la ilustración de un pueblo. La Junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo, y aunque las graves atenciones que la agobian no le dejan todo el tiempo que deseara consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios y patriotas, que reglando un nuevo establecimiento de estudios, adecuado a nuestras circunstancias, formen el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y la gloria de su patria.*

De aquí en adelante, lo que originariamente me había parecido un injusto castigo se transformó en una beneficiosa oportunidad de conocer las personalidades de los distintos directores de la Biblioteca Nacional, la importancia de la vida de esa institución en nuestra historia y la compleja estructura del pensamiento del autor del libro.

Por otra parte, me permitiría señalar que estamos hablando de una continuidad en la elaboración de la historia de la Biblioteca, pues constantemente González se remite a la historia escrita por Paul Groussac. Un ejemplo de los avatares de la vida de la Biblioteca es el período rosista, sagazmente retratado en el libro. La relación entre Pedro de Angelis (al que se llama “archivista tenebroso de la historia nacional”, “sustractor de documentos”, “mercachifle de buena parte del archivo documental e intelectual cercano a la venalidad filistea”) y Rosas, en la que este último hace gala de su autoritarismo, marca –tal como lo señala Groussac– una época de decadencia en la que la cultura se ve reducida a la actividad de pequeños reductos y a la brillantez de libros como el *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría.

Así avanza González en su descripción histórica. Hace referencia al cambio de denominación de la biblioteca, a fines del siglo XIX, que la convierte en la Biblioteca Nacional. El tercer capítulo se dedica a la dirección de Paul Groussac, quien la encabezó desde 1885 hasta su muerte, acaecida en 1929. En 1905, la revolución yrigoyenista, entre otras medidas, ocupa la Biblioteca. González, apoyándose en un artículo de Leandro Querido, deja entrever, a mi juicio, la idea de que, en realidad, lo que le interesaba al yrigoyenismo era la revista *Caras y Caretas*, cuya redacción funcionaba en la Biblioteca Nacional. A este período de la dirección de Groussac Horacio le dedica más de 20 páginas, todas ellas muy atrayentes y plagadas de referencias, en las que hace gala de una notable y envidiable erudición.

A partir de la muerte de Groussac se inicia un período muy convulsionado. La biblioteca, cuyo edificio se encontraba en la calle México, vive los remezones de los períodos políticos de la vida argentina: por un lado, sufre los distintos objetivos de sus directores y, por el otro, goza de la presencia permanente de pensadores argentinos que seguían concurriendo a ella como una imprescindible necesidad.

Un capítulo del libro está dedicado a la época que va de 1931 a 1955, donde la dirección de la Biblioteca es ocupada en forma intermitente por Gustavo Martínez Zuviría (conocido bajo el seudónimo de Hugo Wast), escritor antisemita y

fascista, que se vio envuelto en forma permanente en confrontaciones debido a su forma de ver el mundo ya su concepción de orden que entraban en conflicto con el pensamiento liberal. Es en esa época que se proyecta el traslado de la Biblioteca; como señala González, la idea original de Martínez Zuviría era conformar un núcleo que incluyera, además de la Biblioteca, a la nueva Facultad de Derecho y a un Palacio de las Artes. Este proyecto significaba la creación de una biblioteca formal, rígida, monumental y ajena al pueblo; es por eso que concluye que se trataba de una idea conservadora y derechosa.

Resulta sumamente interesante comprender el por qué del lugar elegido para la erección del nuevo edificio de la Biblioteca: en 1955 la residencia presidencial fue considerada objetivo militar, pues la búsqueda de eliminar toda referencia material del peronismo hacía necesaria su destrucción; consumado este hecho, se eleva el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, con el fin de que un rasgo de cultura borre la torpeza de la demolición de un edificio hermoso y con historia.

Jorge Luis Borges se hizo cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional desde 1955 hasta octubre de 1973. Este período es rico en discusiones y producción cultural, y refleja un proceso importante de cambios que se ven cortados por el golpe militar del 1976. A él dedica Horacio González un pormenorizado relato de los debates de la época y de la publicación de la revista de la Biblioteca como revista literaria. Su fuente principal son los escritos de Borges y el libro *Borges* de Bioy Casares.

A Borges lo suceden primero Vicente D. Sierra y luego José Edmundo Clemente, quien es reemplazado –en los últimos cuatro años del gobierno militar– por Horacio Hernández. Este último, médico, había sido director de las bibliotecas de la Facultad de Medicina de la UBA y de la Universidad de Morón, pero también bibliotecario de formación, profesión que privilegió. Durante este período la construcción del nuevo edificio fue una preocupación prevaeciente.

Así caemos en el último capítulo del libro, que tiene una sección de notas y una muy interesante historia de la Biblioteca en imágenes. Recuperada

la democracia, la Biblioteca, según señala Horacio, cambia de rumbo y acentúa un rasgo que aún hoy se mantiene. Los períodos de administración son más breves: comienzan con el de Trenti Rocamora y continúan con dos importantes intelectuales, Gregorio Weinberg y Dardo Cuño. En 1989 asume José María Castiñeira de Dios, quien tiene a su cargo la mudanza de la Biblioteca de la calle México a la actual sede, tarea nada sencilla y muy discutida. Se consolidan así las designaciones, que a la par de la calidad intelectual incorporan la condición de militante político.

De 1991 a 1994 es designado el historiador Enrique Pavón Pereira, quien es sucedido por Héctor Yánover, conocido librero. En 1997 asume la dirección Oscar Sbarra Mitre, hasta el año 2000. Amén de sus condiciones personales, son militantes peronistas. Es de señalar que estamos hablando del período del gobierno del ex presidente Menem. A ellos los siguen los años vertiginosos que corren del 2000 hasta nuestros días, y que comienzan con la designación de Francisco Delich. La crisis de 2001 arrasó con los funcionarios del gobierno del ex presidente De la Rúa, y a Delich lo reemplaza el filósofo Silvio Maresca, quien a su vez es reemplazado por Horacio Salas en el 2003.

Elvio Vitali, que como Yánover era librero, asume a mediados del año 2004 y luego renuncia a raíz de su candidatura política. Lo reemplaza quien fuera su subdirector, autor del libro que comentamos, y asume la subdirección el historiador Horacio Tarcus. Más tarde, una disputa sobre las tareas que le competen a las bibliotecas lleva a Tarcus a renunciar. Tal vez, lo que se aleja de la pura historicidad del libro es la evaluación que hace el autor de su propia gestión, así como de la problemática interna derivada de las actividades de los sectores involucrados, en particular los sindicatos, y de las decisiones vinculadas con la tecnología que se va incorporando a la Biblioteca.

Llegamos así a lo que González llama colofón, donde en definitiva confronta lo que él llama la biblioteca de Borges con lo que yo llamaría la biblioteca de Horacio. En definitiva, hoy la Biblioteca Nacional es un organismo complejo, con múltiples actividades que abarcan todos los intereses de la cultura y el intelecto. Lejos está de la Casa de los Libros, fría y aséptica donde residen todas las ideas, opiniones e ideologías en armonía y silencio. Por lo contrario, es un órgano vivo con múltiples intereses, múltiples públicos y múltiples pensamientos. Y este libro, que el azar ha colocado en mis manos, me ha brindado una inmejorable oportunidad para entender la historia de mi país y admirar la heterogénea formación y conocimiento de su autor ■

### Abraham Leonardo Gak

Director de la Cátedra Abierta “Plan Fénix” (Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires) y Profesor Honorario de la Universidad de Buenos Aires.

